

EL ORIGEN DE LA SALVE

Allá en remotos siglos y en una ciudad cuyo nombre no hace el caso, había un joven de familia muy modesta, extremadamente contrahecho y con la figura diminuta de un gnomo. Era el tal, además, de una torpeza intelectual inconcebible. Veinte años contaba a la sazón y no habían logrado padres ni maestros enseñarle el abecedario. Torpe, muy torpe era, pero paciente y cariñoso a maravilla.

Y como era muy bueno y muy desgraciado, era también muy religioso: que la religión es hermana gemela del sufrimiento, y la oración el único refugio de los tristes.

Sin servir para nada en la vida, física ni intelectual, encontrando su alma pura y veheméntísima, fríos e incompletos todos los cariños de la tierra, su corazón se refugiaba en el purísimo y sublime de la Virgen María, de quien era devotísimo.

Y no pudiendo en la prosaica y peligrosa vida mundana, dar satisfacción a sus fervores, ingresó en un convento.

Los frailes de aquella Orden, todos muy inteligentes y cultos, intentaron en vano que aprendiese a leer. Y creyendo que era holgazanería, desatención y desobediencia lo debido exclusivamente a un defecto del cerebro, le reprendían severamente, aunque con suavidad maternal y dulzura evangélica.

Y el podre frailecito aquél, cuyo nombre no nos han legado las crónicas, limitándose a decirnos que, por su defecto físico, le llamaban Contracto, lloraba desconsolado y sufría el tormento espiritual más enorme que pudo padecer el ser humano: el esfuerzo desesperado e impotente para lograr aquello que es imposible.

Y una noche lloró y rogó tanto a la Virgen, pidiéndole que iluminara un poquito su cerebro, que en la soledad de la capilla y a la bella hora del atardecer. Nuestra Señora, radiante de luz y plena de dulzura, se le apareció y le dijo: «Conmovida por lo mucho que me amas, desde hoy daré claridad a tu cerebro; comprenderás bien lo que estudies, y, a cambio de esta merced, sólo te pido una cosa: que compongas en honor mío una oración que luego adoptará la Iglesia, rezándose en todos los templos y en todos los hogares.» Y diciendo esto desapareció, dejando sumido al pobre fraile en un éxtasis dulcísimo de arrobamiento y de ternura.

**

Al día siguiente, con gran asombro de los frailes. Contracto comenzó a deletrear admirablemente. Al poco tiempo, leía con perfección. Y para mayor gloria de la excelsa Señora, aún los buenos frailes se obstinaban en su equivocado concepto al considerar mudanza tan notable.

Contracto no se atrevía a contar la aparición por temor a no ser creído y que se burlaran de él, y parte también por ese dulce encanto que para las almas delicadas tiene el secreto de las acciones buenas y generosas y de los hechos grandes y bellos.

La inteligencia progresaba de una manera maravillosa en el cerebro de Contracto.

Llegó a ser tan inteligente y culto como sus hermanos en Orden, y en cultura literaria y artística, sobre todo, era verdaderamente notable. Componía versos muy bellos; pero su obsesión dominante, desde que la Virgen se le apareció, fué escribir una oración a la Madre de Dios, digno, por la delicadeza y ternura de sus pensamientos y la belleza del estilo, de la excelsa Reina de los Angeles. Encerróse en su celda, día tras día, y una tarde, a esa hora inefable del *Angelus*, en que el espíritu se eleva queriendo unirse con su Creador y anhelando una vida inmortal

rosos a Contracto. Este les contó entonces la milagrosa aparición, que fué creída por odos.

**

Y, pasados muchos años, cuando Contracto gozaría ya seguramente de las delicias celestiales, de la Contemplación de Dios, de Cristo y de la Virgen María, a quien había amado tanto y de la que había sido tan devoto en la tierra, Nuestra Santa Madre Iglesia adicionó el resto a la bellísima oración de Contracto.



La Virgen de los Dolores. Curo de Tiziano, que se conserva en el Museo del Prado

donde las almas se embriaguen de Armonía y de Luz, leyó a sus hermanos esta hermosísima oración, unguida de emoción y de poesía, que tiene más belleza literaria que la mayoría de los versos huecamente sonoros o neciamente sensibleros de muchos poetas consagrados por la fama y laureados por el vulgo *oficial*, y que empieza: «Dios te salve, reina y madre...», y que termina así: «Y después de este destierro, muéstranos a Jesús fruto bendito de tu vientre.»

Los frailes abrazaron conmovidos y llo-

Y he aquí, lector amigo, pobre e indignamente narrada por mi tosca y torpe pluma, una de las dos o tres versiones que la Historia religiosa nos da del origen y creación de esa oración inmortal e inefable que se llama la Salve. Y como de las dos o tres versiones la más bella es ésta, por eso te la he contado, lector, que lo más bello y delicado debe ser tenido siempre por lo más verdadero.

J. A. VALLESPINOSA Y VIOR.